Una hermana perdida

Irati Arteaga

Nieta del hermano de una mujer
dada en adopción en Gipuzkoa en 1945

Esta es una vivencia de adopción de una familia de Gipuzkoa, hilada a partir de una conversación entre nieta y abuelo.

Con el libro *Fraisoroko amak, Fraisoroko haurrak* entre manos, me di cuenta de que mi aitona nació allí y que, por tanto, allí estaba una parte de las vivencias de nuestra familia. Hablé con él y nos dimos tiempo para reflexionar en torno a una hermana suya, dada en adopción hace 81 años, y la influencia que eso tuvo en la familia. En torno a una comida, surgieron temas y puntos de vista interesantes. Las palabras fueron saliendo, despacio; algunas veces sin empujarlas; otras, en cambio, a través de silencios. Porque también con esos silencios decía algo.

Comenzamos a hablar de la infancia. De la casa, del ambiente, de los padres, de los hermanos y del día a día. Parece lo típico, pero, con el paso de los años, todo queda cada vez más lejano. No le vinieron a la memoria imágenes agradables. Al revés. Vivían en condiciones difíciles, los padres, un hermano y él mismo en una misma habitación. Así, durante años.

Recuerda el barrio. Todo el día fuera, con los amigos o con su hermano. Iban a las huertas a robar comida. Para satisfacer las necesidades de la casa, para llevar comida a su madre. Empezó tarde en la escuela, sin saber leer ni escribir. En un solo año, adelantó dos cursos. Pero la escuela no era siempre una prioridad, prefería ir al parque, a Cristina Enea.

En casa, en cambio, cambiaba el rol. Era el mayor. Cuidaba a su hermano pequeño, lo llevaba por la calle de un sitio a otro, a su manera. Tiene

siempre muy presente la imagen de la madre: "Una mujer trabajadora, que cosía todas las noches hasta las cuatro de la madrugada, en silencio, para sacar adelante a la familia".

En la familia no eran solo cuatro, los padres y los dos hermanos. Había otros hermanos y hermanas, otras historias, pero no vivían el día a día juntos. Pero había una en particular que realmente no se citaba nunca: una hermana perdida.

Sin explicación

Esa historia no se contó nunca en casa. No había explicación ni contexto. Su madre no la citó nunca. Ese silencio adopta también una forma: hay algo, pero no se dice. En aquella época, como decía el aitona, "eso era muy normal". Las situaciones familiares, la pobreza, las presiones sociales… muchas veces dejaban a las familias sin opciones.

Unos años después, llegó a casa el nombre de la hermana. Fue alrededor del año 2000. Una llamada. Su tío: "Siéntate, Jesús, tengo que contarte algo: tienes una hermana en Extremadura". Al principio, el aitona lo tomó a broma. "De esta familia se podía esperar cualquier cosa". Pero algo se removió en su interior.

A los pocos días, montaron en el coche y se fueron a Extremadura. Cuando tocó la puerta y vio a la mujer que abrió, no dudó: "Era mi madre". Se parecía mucho. La mirada, el rostro, algo profundo que no podía expresar. Hubo abrazos y cercanía, a pesar de la gran brecha que el paso de los años había abierto entre ambos. Desde entonces fueron a menudo a visitarla y construyeron una relación, por encima del tiempo que ya no se podía recuperar.

La vida de la hermana tampoco había sido fácil. El padre murió y la madre había tenido que criarla sola. Aun sí, le contó que, a su modo, había tenido "una buena vida". Lo de buscar a la familia biológica es algo que vino

muchos años después, a través de sus hijos e hijas, de Internet, siguiendo el rastro de viejos papeles.

Hay también un episodio casi increíble. Durante años, mi aitona había ido a comer a una taberna en la que su hermana servía mesas, pero, claro, no tenían noticias el uno del otro. Las historias a veces se cruzan. Parece que la vida quería reunirlos.

Conocer a su hermana no cambió el punto de vista del aitona. Sabía cómo había sido la historia de su familia y la había entendido a su modo. Pero le dio forma a un vacío que tenía nombre. Hoy en día, su hermana no está, pero su presencia sí. En los recuerdos, en los nietos y en todas las vivencias…

Lo que sucedió no fue un caso aislado, sino la realidad de una época.

Cuando le pregunté al aitona qué le diría a su hermana, no recurrió a grandes palabras. No hace falta. "Te echamos de menos", nada más. Y cuando le pregunté por la familia, me dio una respuesta clara. Su familia es la actual: su mujer, sus hijos e hijas, los nietos y nietas. Ya sabe que, aunque más lejana, también hay más familia. Hay un vínculo, quizá no diario, no visible, pero que está ahí.

Quizá ese sea el quid de la cuestión: la familia no es siempre la original, sino la que construimos. Y, a veces, también la que vuelve.